

sus ruinas por Rodrigo Caro y por Ríoja, tan estudiado á mediados de la pasada centuria por insignes artistas y anticuarios, y á los pocos años tan profanado ya por esa misma Sevilla, que lo reducía á escombros y empleaba sus venerandos restos en los malecoles y arrecifes de su rio y en el camino de Estremadura? ¡Dichosos diques! ¡dichoso camino! ¡de entonces acá cuántas veces se han tragado desmenuzados y convertidos en guijo los arrogantes arcos y las firmes graderías de aquel colosal cadáver de la gloria de los Césares! El siglo XIX proclama en el mundo culto el respeto á los monumentos de las antiguas civilizaciones, y sin embargo este siglo llegará á su decrepitud en España antes que obtengan el respeto y la paz de los ávidos propagandistas del progreso material esos mudos y pacientes testigos de la ilustración y de la barbarie alternadas de tantas generaciones (1)!

El aspecto de aquella grande ruina llena el corazon de melancolia: aun cubierta la fábrica y la arena de espesa yerba, rotas por todas partes las dos bóvedas que circunvalan el ya soterrado podio, desportillados y desfigurados los soberbios arcos de los vomitorios, gastadas y melladas las graderías, borradas casi totalmente las escalinatas, convertidos en deformes pendientes cubiertas de maleza los antes bien dibujados y perfilados cuneos, injuriada en suma por el tiempo y por los hombres la magestad terrible del monumento en que compendia la sociedad romana su supersticiosa religion (2) y sus sanguinarios placeres: todavía es grande é imponente la voz que se levanta de aquellos descalabrados paredones; pero el alma donde ella resuena, embargada de admiración y de espanto, no acierta á discernir si es aviso, si es amenaza ó si es lamento; y en esta incertidumbre, el viento que recorre la desierta campiña, al susurrar por entre las desmoronadas bóvedas, tan pronto parece la lejana gritería de un pueblo bárbaramente entusiasmado á la

(1) La noticia mas antigua de estos actos de vandalismo que consignan los que han escrito de Itálica se refiere al año 1774. Desde entonces este ejemplo de barbarie se ha repetido varias veces: M. Latour en su citada obra sobre *Andalucía* escribia en 1855 que parte de los escombros de aquel monumento, machacados como despreciable guijo, acababan de ser trasportados á la carretera de Estremadura; en el propio año de 55 un ingeniero solicitó del gobernador de Sevilla licencia para estraer de aquellas ruinas piedra para el mismo camino, y posteriormente algunos periódicos de la Corte han venido sosteniendo con erudicion y fuerza de dialéctica la causa de la arqueología malparada en las venerandas reliquias del famoso anfiteatro de resultas de nuevas demoliciones.

(2) Atribúyese el origen de los anfiteatros á los Etruscos, pueblo supersticioso y sombrío, que consagraba los gladiadores inmolados en ellos á la memoria de los héroes que habian sucumbido en los combates.

vista de la sangre de los gladiadores y de los esclavos, como el misterioso gemir de las víctimas inmoladas á la ferocidad de los tigres y panteras. El ceniciento velo del crepúsculo vespertino iba gradualmente bajando sobre aquella ovalada y desierta planicie en la última hora de nuestra visita al anfiteatro de Itálica. Parecía que de los picos de la despedazada fábrica pendía un inmenso *velarium* espresamente tendido sobre nuestras cabezas para preservarnos de los rayos del sol, y que las nubes impelidas por el viento eran aéreas legiones de apiñadas sombras, que, á la hora en que se hace el gran silencio en los campos, venían á ocupar las desiertas graderías para padecer en ellas viendo triunfante del paganismo la cruz perseguida en los mártires y para remedar con ahullidos é infernales lamentos la vocería que en otro tiempo les arrancó el bárbaro placer de la cristiana sangre vertida.

Casi parece escusado que nos detengamos á describir técnicamente este edificio: todos los anfiteatros vienen á tener una misma ictnografía: la *arena*, siempre elíptica, y en su contorno el *podium* á manera de plataforma, reservado á los magistrados, los *vomitorios* ó puertas que conducen á las bóvedas de circulación, y encima los *cuneos* ó secciones de las graderías en que se acomodaba el pueblo. En este anfiteatro el diámetro mayor de la *arena* es de doscientos noventa y un piés castellanos; las bóvedas que sustentan la fábrica solo dos; los vomitorios diez y seis; los *cuneos* otros tantos.

PESULA (cerca de la villa de *Salteras*.) Menciona este pueblo Tolomeo, y la reducción es debida á Rodrigo Caro, el cual se apoya en una inscripción hallada cerca de la citada villa (1).

HISPALIS (*Sevilla*). De la fundación de Sevilla cuentan muy entretenidas historias los crédulos escritores que siguen al falso Beroso seducidos por la impostura de Juan Annio de Viterbo. Bueno es saber un poco de todo, y en esta inteligencia daremos como una muestra de los tales cuentos, siempre curiosos atendidas las épocas y las autoridades que los dieron á luz; despues vendremos á lo cierto ó verosímil.

La crónica general del rey D. Alonso el Sabio dice acerca del asun-

(1) Se refiere á cierto duunviro *pesulano*, llamado Lucio Furino, y dice así:

D. M. S.
L. FURIN. L. F. PESULAN.
II VIR. LEG... T. I. H. S. E.
ANN. XLIHI. S. T. T. L.



Dib^o del natural y lit^o por F. J. Parcerisa.

Lit. de J. J. Martinez Madrid.

COLUMNAS DE HERCULES DE LA ALAMEDA VIEJA.

to que nos ocupa estas palabras: «Después que todo esto hubo fecho Hércules (es decir, después que hubo vengado en los Geriones la traidora muerte dada á su padre Osyris, recogido los miembros dispersos de éste y dádoles honrosa sepultura), corrióse con sus naves por la mar, fasta que llegó al rio Bethis, que agora llamamos Guadalquivir, e yendo por el rio arriba fasta que llegó al lugar do es Sevilla poblada, e siempre iba catando por la ribera a do fallaria un buen lugar do poblasen una gran ciudad, e non fallaron otro ninguno tan bueno como aquel do agora es poblada Sevilla. Entonces demandó Hércules a Alas el estrellero (el astrólogo) si farie allí la ciudad. E él dixo, que ciudad avrie allí muy grande, mas otre la poblaría, ca non él. E quando oyó esto Hércules, ovo gran pesar, e preguntóle, qué ome sería aquel que la poblarie. E él dixo, que sería ome honrado, e mas poderoso que él, e de grandes fechos. Quando esto oyó Hércules, dixo, que él farie remembranza, porque quando viniessen aquel, que sopiessen el lugar do avie de ser la ciudad. E Hércules, de que non pobló a Sevilla, puso allí seys pilares de piedra muy grandes (esto es, seis altas columnas) e puso en somo una muy grande tabla de mármol (sin duda á manera de cornisamento), escripta de grandes letras que dezian assí: AQUÍ SERÁ POBLADA LA GRAN CIUDAD. E en somo puso una imágen (ó estatua) que tenia la una mano contra Oriente, e tenia escripto en la palma: FASTA AQUÍ LLEGÓ HÉRCULES. E otra mano tenia contra yuso (hacia abajo) mostrando con el dedo las letras de la tabla (1).»

(1) De esta lección parece tomado aquel romance de Lorenzo de Sepúlveda sobre las columnas de Hércules de Sevilla y prediccion de las grandezas de César, que dice así:

Hércules el esforzado,
muchas lides ya vencidas,
á Sevilla la nombrada
hizo nueva venida,
que no era poblada entonces
sino desierta y esquiva;
y visto el sitio y postura,
seis pilares le ponía
por señal para adelante,
adonde se fundaría.
Encima de los pilares
una gran tabla muy fija,

de mármol muy trasparente
con letras que así decían:
«Aquí será edificada
la gran ciudad algún día.»
En ella estaba pintada
una imágen á la antigua,
con un letrado en la mano
que hacia el Oriente mira,
el cual decia desta suerte:
«Hasta aquí llegado habia
Hércules el fundador,
esforzado en demasía.»

Morgado, Pedro de Medina y Ortiz de Zúñiga han dado pleno asenso á esta invencion, y como poco conocedores de los monumentos de las artes, han opinado que las dos famosas columnas de la Alameda, denominadas de Hércules, son una reliquia auténtica de la construccion mencionada. Rodrigo Caro, con mayor juicio y discernimiento, se es-

Julio César, añade Morgadó, renovó y cercó de muros á Sevilla dándole el nombre de *Julia Rómula*, y en algunas historias antiguas manuscritas se lee á este propósito el cuento siguiente: «Al tiempo que Julio César determinó poner por obra el grande edificio de los muros y cerca de Sevilla, quiso ante todas cosas consultar á los dioses con grandes sacrificios y oblaciones, á fin de que le revelasen lo que debia hacer para que la gente natural de Sevilla nacida dentro de aquellos muros fuese la mas valiente, fuerte y animosa de todo el mundo. Lo cual puso en ejecucion; y fué el oráculo y respuesta, que todo sería conforme á su deseo si antes bañaba la primera piedra que habia de poner en la cerca de Sevilla con la sangre de un niño que en lugar de único hijo suyo se criaba, sacrificándole á los dioses. Ejecutáralo César por su propia mano si á ella no le fuera la clemencia y amor paternal. Por lo cual mandó á un su capitan pusiera luego en ejecucion el tal hecho. El capitan mató en su lugar á uno de sus mismos hijos, con cuya sangre bañó la basa y primera piedra por el orden que le fué mandado, criando con divino regalo al hijo de Julio César, sin que se entendiese otro de que en efecto era muerto, conforme á como él lo mandó. Al cabo de largo tiempo, el capitan en nombre de hijo suyo lo asentó con César su padre, pareciéndole que ya no le conoceria aunque lo viese delante. Pero sucedió muy al contrario, porque al primero día, de tal manera le arreba-

presa así sobre este particular: «es cosa ridícula y conseja de muchachos el decir que estos mármoles son los que Hércules puso cuando señaló el sitio de la ciudad.»

Ahora bien, el nombre de VIRINIUS que lleva esculpido en su plinto una de estas columnas, y principalmente la elegante proporcion y forma de ellas, prueban hasta no dejar sombra de duda que son romanas, y parte quizá de un templo consagrado á Hércules: de donde pudo originarse la tradicion vulgar que supone á aquel semi-dios autor del monumento de seis columnas, que describen las historias de la edad media como si sus autores lo hubiesen visto.

Las dos columnas de la Alameda estuvieron en la iglesia de S. Nicolás hasta el tiempo de D. Pedro el cruel, quien mandó trasladarlas al alcázar que de su orden se estaba reedificando. Dícese que por haberse roto, al extraerlas, otra tercer columna que debia hacer juego con ellas, se renunció á la idea de llevarlas á dichos palacios y quedaron junto al hospital de Sta. Marta, hasta que en el año de 1574 el asistente de Sevilla D. Francisco de Zapata formó el proyecto de hacer una grande y hermosa Alameda en el sitio pantanoso y mal sano, antes llamado de la *Laguna*, y de adornarla con dichas columnas. Este distinguido personage fué el que hizo colocar las *columnas de los Hércules* en el sitio en que hoy las vemos, poniendo sobre sus gallardos capiteles corintios las estatuas de Hércules y de Julio César, fundador el primero y restaurador el segundo de Sevilla, aludiendo con ellas al emperador Carlos V y á Felipe II su hijo, segun se colige de las inscripciones latinas que ornán sus pedestales. No las reproducimos por estar ya consignadas en los *Anales eclesiásticos y seculares* de Zúñiga.

A la elevacion de 15 varas en que se hallan las mencionadas estatuas, harto degradadas además por la injuria del tiempo, no es fácil juzgar de su escultura. El movimiento general de ambas figuras revela no obstante que son obra del siglo XVI.

tó la vista la presencia del nuevo page, que hallando en él un vivo y natural trasunto de su sacrificado hijo, y nueva causa de una repentina melancolía, le cargó tanta tristeza, que el capitán hubo de echar de ver en César semejante sentimiento, del cual César no pudo menos de dar claras señales. Porque había habido aquel hijo en Syoma Julia, á quien amaba ardentísimamente. (De *Syoma Julia* suponen algunos que se formó el nombre de *Sevilla*.) El capitán le preguntó si le pesaba de haberle mandado matar, y si holgára de tenerle vivo. César respondió que le daba grande pena su muerte, pero que mas quería inmortalidad de fama que brevedad de contento. Finalmente, el capitán le contó el caso. Por lo cual Julio César, con nuevos sacrificios, otra vez consultó á los dioses, cuya respuesta fué, que ya no había lugar su pretension, pero que por el hecho del capitán que sacrificó su propio hijo, alcanzaba Sevilla por su primero y mas justo título el de muy noble y muy leal ciudad, más que otra ninguna de las de toda España.»

Concluiremos nuestra breve escursión por el campo de las leyendas con un pasaje de un antiguo manuscrito (1) que recopila las dos historias de Hércules y Julio César, haciendo todavía mas visible la edad en que hubieron de ser inventadas y el intento de acreditar con la última la heroica lealtad de los sevillanos hácia sus reyes. Verá el lector cómo esta ciudad presume más de fiel que de engendradora de hombres de alta sangre.

Háblase primeramente del viaje de Hércules á poniente huyendo de la persecución de Juno, de la hospitalidad que en su isla le concedió el rey Laudato dándole naves y bastimentos, y de las fundaciones de Barcelona y Cádiz. Sigue la relación de cómo en esta última ciudad armó caballero á Ispán, hijo de Laudato, ni mas ni menos que si se tratára de los tiempos del Cid, en éstos términos: «El modo con que le dió orden de caballería dicen que fué este. Cavalgaron todos con Hércules, y un hombre noble llevaba el escudo de Ispán, y otro la seña de sus armas, y fueron al templo, donde veló Ispán esa noche, y otro dia se armó, y ciñóle la espada el mas honrado, y otros le calzaron las espuelas, y Hércules sacó el espada y dióle con ella en el hombro. Esto hecho fueron cavalgando por la ciudad con gran alegría.» Pasa á la primera fundación de Sevilla y dice: «De allí pasó á tierra firme donde es agora Sevilla, y

(1) M. S. de la Biblioteca del Escorial, ij h 24. *Fábulas que cuentan de la fundación de Sevilla*, pág. 387.

acordó edificar en una gran laguna; pero aquel gran astrólogo (Atlas, en otras crónicas *Alas*) le aconsejó que lo dexasse, diciendo, que otro mas poderoso que él lo haria, y entonces mandó hacer una grande estatua de piedra señalando con la mano derecha la tierra, y en la izquierda tenia unas letras que dezian: AQUÍ SERÁ LA GRAN CIUDAD DE PALO (1). Hecho esto, dicen que se fué á Italia, donde murió, y que dexó á Ispán por rey de España, y despues dél vinieron los griegos, á los quales echaron los romanos. Y que Julio César llegó adonde estaba aquella imágen, y acordó de hacer la poblacion secando la laguna con mucha madera, y edificando sobre ella, y por la nobleza del sitio la llamó JULIA. Despues dicen que la quiso cercar, y que para esto mandó á un cavallero que tomasse un hijo solo que César tenia de cinco años y que le degollasse y le echasse en los cimientos que estaban abiertos, y que pudiesse sobre él la primera piedra. Dizen que aquel cavallero guardó para sy el hijo de César, y degolló á su propio hijo, que era de aquella edad. Despues fué convidado Julio César de aquel cavallero, y entre los otros pages le sirvió aquel su hijo, y que le preguntó César si era suyo, y qué años havia, y que le respondió que sy, y que havia diez años, y que oyendo esto sospiró César y dixo llorando: otros tantos oviera mi hijo sy los dioses quisieran. Y que el cavallero le preguntó si quisiera que fuera bivo, y respondió César que sy, pero que si se cumplia por memoria lo que desseava, mas queria gloriosa fama que brevedad de gozo, aunque mucho preciara que fuera bivo. El cavallero le dixo como aquel era y le contó lo que passava, y César le reconoció en ciertas señales, y dixo muy alegre, esta será la mas leal poblacion de España; pero del suelo suyo no saldrán hombres de alta sangre, y pues no pudistes (dixo) ser ciudad, *sé villa*, y que por esto se llamó *Sevilla*.» Parece inventada esta fábula para rebajar la prez de la actual reina del Bétis mas bien que para ensalzarla, pues aun dando á entender que sus hijos están siempre

(1) Esta especie parece tomada de las Etimologias de S. Isidoro (lib. 13, cap. 1), donde se explica la voz *Hispalis* suponiendo que fundada la ciudad en sitio pantanoso, se fijaron estacas ó palos en el suelo para que hubiese firmeza en el cimiento: *Hispalis*, dice el santo arzobispo, *à situ cognominata est, eo quod in solo palustri suffixis in profundo PALIS locata sit*. Satisfaría esta etimologia si la voz *Hispalis* fuese conocida-mente latina y derivada de *palus*. *i.* ó de *palus*. *dis.*; pero debe ser en España mas antigua que los Romanos, puesto que Silio Itálico en las guerras de Annibal la celebra con su antiguo nombre.

Et celebré Oceano atque alternis aestibus Hispal.

Además los Romanos la llamaron Rómula, y de aquí se colige que solo perseveró el nombre de *Hispalis* porque lo encontraron puesto.

prontos á inmolarse en sus muros por hacer inmortales á sus reyes, queda subsistente la especie de que no es dado á Sevilla criar hombres de *alta sangre*, pensamiento que resume el autor del cuento, cordobés quizá, en estas palabras: «Assy es que jamás esta cibdad fué revelde a ningún rey, segun parece por el rey D. Alonso el Sabio a quien ella sola acogió, y por D. Juan II; y los ricos homes y hidalgos que en ella ay son de otros solares, que no ay en Sevilla como los que se llaman de la cepa de Córdoba, y otros de Toledo, y otros de Avila.»

Dejando ahora los cuentos á un lado, es lo cierto que la fundacion de Sevilla se pierde en la noche de los tiempos anteriores á toda historia escrita. La interpretacion mas autorizada de la voz *Hispalis* parece ser la que dán Arias Montano y Samuel Bochart (1); segun estos insignes filólogos es aquella voz fenicia, derivada de *Sephela* ó *Spela*, que significa llanura, lo que cuadra bien á Sevilla por la planicie de la campiña en que asienta (2). Hispal debió ser en su principio una factoria fenicia unida con Gadir y con Córdoba. Los griegos cambiaron su nombre en *Ispola* (Ἰσπολα), del cual formaron los Romanos *Ispalis*, segun escriben Mela y Tolomeo.

¿Quién presumirá saber su historia anteriormente al tiempo de los Romanos? Es probable que el lustre de Itálica la tuviese en vida de los Escipiones completamente oscurecida; Gades por otra parte era entonces la primera ciudad de Andalucía como puerto, y Córdoba la preeminente por su nobleza. Por haber abrazado esta última la causa de Pompeyo fué por lo que César se esmeró en engrandecer á Sevilla (3). Conquistóla en el mes de agosto del año 43 antes de J. C., y aunque la hizo su capital y la cercó de muros dándole el título de *Rómula* ó pequeña Roma, siguió siendo Sevilla mas fenicia y púnica que romana en cuanto á sus construcciones (4); no por lo tocante á las costumbres, lengua,

(1) Este en su Chanaan, lib. I, cap. 34.

(2) Persuade tambien el origen fenicio de esta palabra la terminacion en *al* (*Hispal*) que le dá Silio Itálico.

(3) Esto fué sin duda lo que S. Isidoro quiso significar con el verbo *condidit*, porque decir con Fr. Alonso Venero, en su Enchiridion de tiempos, que la fundó el mismo J. César, es cosa de todo punto imposible. A la altura en que hoy estamos respecto de estas averiguaciones, parece ya enteramente escusado citar las muchas autoridades que prueban la existencia de Sevilla como poblacion importante desde los mas remotos tiempos. Estrabon, Julio César, Tito Livio entre los antiguos, y entre los modernos el diligente obispo de Gerona, Florian de Ocampo, Esteban de Garibay, el docto Pedro Mexia y otros varios, pudieran suministrarnos gran cosecha de argumentos á este propósito; pero renunciamos á esta pedantesca tarea.

(4) Así lo dá á entender Estrabon en su libro III.

tráge y policía de sus pobladores, que, como los de los otros pueblos del Bétis, eran totalmente romanos (1). Solo hay duda sobre si era Sevilla colonia y convento jurídico desde antes de engrandecerla César, ó si debió á este aquel título y categoría (2).

Por las inscripciones que han recogido los doctos anticuarios ya en otras ocasiones mencionados, sabemos que estaba gobernada la colonia Romulea hispalense por magistrados semejantes á los de Roma. Es de creer que residiese en ella un supremo sacerdote, porque desde los primeros tiempos del cristianismo vemos en Sevilla una iglesia metropolitana, y es sabido que los primitivos cristianos, siguiendo ó conservando las circunscripciones jurisdiccionales de los gentiles, allí colocaban siempre una silla metropolitana donde habia residido un flámen ó sacerdote superior. Como en Roma habia un senado con sus cónsules y senadores, lo habia tambien en Hispalis, lo mismo que en todas las colonias, pero por respeto á la metrópoli estas llamaban á su senado *Ordo*, á sus cónsules *duunviros*, á sus senadores *decuriones*. Por regla general los duunviros eran elegidos cada año, pero en ciertas y determinadas circunstancias permanecian en su oficio hasta cinco años, y entonces tomaban el nombre de *duunviros quinquenales* (3). Habia además ediles, censores, curadores de los caminos y otras dignidades. Los ediles cuidaban de todo lo que era orden y policía interior, de la limpieza, de los edificios, de los incendios, de las fiestas y diversiones públicas, de los entierros, provisiones, abastos, pesos y medidas. Los censores tenian á su cargo la tasa y padron de las haciendas y el cobro de las contribuciones: era dignidad muy honrada; iban en carro de marfil precedidos de dos lictores. Acerca del cuidado y policía de los caminos eran los hispalenses menos descuidados que sus descendientes los modernos sevillanos: personajes que habian sido nada menos que cónsules y pro-cónsules solian aceptar el cargo de mantener en buen estado todas las vias públicas (4). Los demás oficios civiles estaban al parecer calca-

(1) Id., ibid.

(2) El P. Florez se inclina á creer que los tenia ya anteriormente, y se funda en que César, siendo cuestor, visitó los conventos de la Bética y Lusitania, y entre ellos á Sevilla, como escribe en su vida Suetonio; y además en que no consta que recibiese el honor de colonia despues de ser convento.

(3) Pueden verse en Rodrigo Caro varias inscripciones relativas á estas diversas magistraturas.

(4) Standish copia una inscripcion de un pedestal de mármol blanco con orla de flores hallado en el jardín del duque de Medina, de la cual se colige que los censores de

dos sobre los de Roma: habia *curatores* que cuidaban de las rentas públicas y en el ejército tenían el cargo de comisarios; *procuratores* que inspeccionaban los trabajos de las minas y venian á ser en ellas como unos superintendentes; estos eran elegidos entre los decuriones. Habia tambien procuradores que recaudaban los tributos y como contadores asistian á los gobernadores. A uno de estos procuradores se refiere cierta inscripcion notable que se conserva al pié de la torre de la catedral llamada la Giralda, y tanto porque dá idea cabal de otras calidades que solian concurrir en las personas investidas con este empleo, como por hacerse mencion en ella de la famosa legion duodécima de los lanzarayos (*fulminatrix*) y de cargos administrativos hoy poco conocidos, la reproduciremos fielmente corrigiendo las lecciones que hasta ahora se han dado de ella. Fué descubierta en tiempo de Ambrosio de Morales al componer las gradas que hay junto á la torre, y apareció medio sepultada entre los cimientos de esta: es de lindo mármol rojizo y debió ser basa de estatua destruida por los sarracenos. Dice así:

SEX. JVLIO. SEX. F. QVIR. POSSESSORI.
 PRÆF. COH. III. GALLOR. PRÆPOSITO NVME
 RI. SYRROR. SAGITTARIOR. ITEM ALÆ PRIMÆ HISPANOR.
 CVRATORI. CIVITATIS ROMVLENSIVM. M. AR
 VENSIVM. TRIBVNO. XII. L. FVLMINATR.
 CVRATORI. COLONIE. ARCENSIVM. ADIECTO
 IN DECVRIAS AB OPTIMIS MAXIMISQVE
 IMP. ANTONINO ET VERO AVGG. ADIV
 TORI VLPPI SATVRNINI PRÆF. ANNON.
 AD OLEVVM AFRVM ET HISPANVM RECEN
 SENDVM. ITEM SOLAMINA TRANSFE
 RENDA. ITEM VECTVRAS NAVICVLA

los caminos eran varios, y que un cierto Curcio Balbino era uno de los cuatro que habia en su tiempo. Dice la inscripcion:

D. CVRTIO. BALBINO.
 • M. CORNELIO POTITO.
 L. ATTIO. IVLIANO. ROMVLO.
 IIII VIR. VIAR. CVRANDAR.
 PISSVMO. FILIO.
 BALBINVS. PATER. PRISCA. MATER.